

# «Vida fungible»: entre el terror del Estado-Leviatán y el horror de las máquinas de guerra-Behemot.

Ruiz Gutiérrez, Adriana María.

Cita:

Ruiz Gutiérrez, Adriana María (2024). «Vida fungible»: entre el terror del Estado-Leviatán y el horror de las máquinas de guerra-Behemot. III Congreso Internacional de Ciencias Humanas. Escuela de Humanidades, Universidad Nacional de San Martín, Gral. San Martín.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/3.congreso.eh.unsam/586>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/esz9/X8f>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.  
Para ver una copia de esta licencia, visite  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

# «Vida fungible»: entre el terror del Estado-Leviatán y el horror de las máquinas de guerra-Behemot

Adriana María Ruiz Gutiérrez  
(Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, Colombia)

## 1. Contexto

Basta leer la realidad colombiana para reconcer la crisis definitiva de ciertas instituciones jurídico-políticas fundamentales. Según la Comisión de Esclarecimiento de la Verdad y la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP), junto con el Grupo de Análisis de Datos en Violaciones de Derechos Humanos (HRDAG, por su sigla en inglés) (2022), entre 1985 y 2018, más de 800.000 personas fueron asesinadas (por grupos guerrilleros, paramilitares y agentes estatales); 210.000, desaparecidas; 80.000, secuestradas; 30.000, reclutadas forzosamente. Durante 1985 y 2018, se registraron, asimismo, 4.237 masacres, que cobraron la vida de 24.600 personas; y, entre 2002 y 2008, se perpetraron 6.402 víctimas de ejecuciones extrajudiciales (“falsos positivos”). Desde la firma del Acuerdo de Paz (suscrito, oficialmente, el 26 de septiembre de 2016) al 2022, han sido asesinadas 1.327 personas que ejercían el liderazgo social o la defensa de derechos humanos.

Asimismo, entre 1990 y 2021, se desmovilizaron 48.847 combatientes, y 4.302 fueron asesinados, según los registros oficiales. Ahora, según la Comisión de la Verdad, entre 1990 y 2017, se presentaron 16.238 casos de reclutamiento forzado de niños niñas y adolescentes, aunque la institución advierte que el registro podría ser de 30.000 víctimas. Entre los principales responsables figuran las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP) (agrupación guerrillera de extrema izquierda, desmovilizada en 2016, después de su fundación en 1964), el ejército de Liberación Nacional (ELN) (organización guerrillera de orientación marxista-leninista, creada en 1964) y los grupos paramilitares (que, después de 1960, se concibieron para derrotar a las guerrillas). En términos de la Defensoría del Pueblo (órgano creado en 1991, y vinculado al

Ministerio Público, para promover, atender y divulgar los derechos humanos), la población vulnerable, entre los 9 y los 17 años de edad, pertenecientes a comunidades indígenas, son los más afectados por este crimen de guerra.

He aquí la cuestión que exige ser pensada: la transformación de cientos de niños y de jóvenes (y, por supuesto, de hombres y de mujeres adultos que son reclutados repetidamente, por distintos grupos armados irregulares) en útiles de las grandes maquinarias de guerra, que se arrogan el derecho a utilizarlos, reemplazarlos y desecharlos violentamente. En este sentido, amplias poblaciones vulnerables son convertidos en simples herramientas militares (vivos y artificiales, a pesar de ser humanos), que matan y mueren violentamente, cuya principal característica es su "fungibilidad" (vidas usables, reemplazables y matables, según las ventajas de la guerra). Las máquinas de guerra (milicias, bandas, grupos guerrilleros y paramilitares), que en Colombia equivalen a 93 agrupaciones, las cuales disputan el control legal, territorial, militar en gran parte del país, nunca resultan derrotadas, pues ensamblan y desechan a miles de vidas fungibles, con extraordinaria eficacia.

## **2. Texto**

Joseph-Achille Mbembe resulta claro que "las operaciones militares y el ejercicio del derecho a matar ya no son monopolio único de los Estados, y que el «ejército regular» ya no es el único medio capaz de ejecutar esas funciones" (2006, p. 57). Esto significa que la institución regular ya no puede reivindicar el monopolio de la violencia, pues variadas agrupaciones se arrogan el derecho de matar y de hacer morir violentamente a los demás. La cuestión ya no reside, pues, en quién es el acreedor de la dominación (dioses o *polis*, Estado o Iglesia, el Partido), pues el derecho de gobierno atomiza en numerosas fuerzas que disputan (y, también, ejercen) el control legislativo y coercitivo. En concreto, estos órdenes, que se enlazan y se separan, según el cálculo de la mayor ventaja, demandan, cada uno, obligaciones de fidelidad, generando, así, múltiples soberanías incompletas. Cada organización, incluyendo el Estado (en términos de Gilles Deleuze), reivindica su derecho de vida y de muerte sobre la población, que puede usar, reemplazar y destruir, atendiendo a sus intereses económicos y políticos.

Colombia representa el mejor ejemplo de una heteronomía de controles, de castigos, de vigilancias, que impide la afirmación de una soberanía única en cabeza del Estado-Leviatán. Claramente, el país carece de un poder estatal pleno (legal, militar y territorial), que disputa con cientos de agrupaciones armadas. Según El Tiempo (2023), la Línea Convivencia y Seguridad Ciudadana de la Fundación Paz y Reconciliación (Pares) reconoció la existencia de 196 organizaciones armadas que operan en diferentes ciudades del país, incluyendo Bogotá, Medellín, Cali, Barranquilla, Cúcuta, Buenaventura y Quibdó, que cooperan mutuamente, y, además, combaten, con enorme complejidad, por el control territorial y de los negocios ilícitos. De manera que el poder de hacer la guerra ya no es una potestad exclusiva del Estado-Leviatán y sus fuerzas militares (creados y regulados), sino, particularmente, de variadas máquinas de guerra- Behemot (irregulares y espontáneas análogas a las primitivas) (Deleuze, 2024).

En este sentido, las maquinarias de guerra (guerrillas, paramilitares, bandas) se arrogan el derecho sobre amplias poblaciones, cuyas “vidas irreales” (Butler, 2006) son usadas y desechadas militarmente. Su violencia contiene, pues, el terror (matar los cuerpos) y, más inéditamente, el horror (transformar los cuerpos en instrumentos que matan) en nombre de sus amos. He aquí la novedad de estas organizaciones, que, a diferencia del aparato de captura, que también se hace valer con sus instituciones y funcionarios, necesita de la guerra infinita, y, por supuesto, de amplias poblaciones precarias metamorfoseadas en meros instrumentos bélicos. Naturalmente, la transformación del cuerpo en mero útil militar asegura su uso y eliminación con mayor facilidad. Así las cosas, dice Mbembe: “La propia coerción se ha convertido en un producto de mercado. La mano de obra militar se compra y se vende en un mercado en el que la identidad de los proveedores y compradores esta prácticamente desprovista de sentido” (2006, p. 57).

### **3. Pretexto**

“Milicias urbanas, ejércitos privados, ejércitos de señores locales, firmas de seguridad privadas y ejércitos estatales proclaman, todos a la vez, su derecho a ejercer la violencia y a matar. Estados vecinos y grupúsculos rebeldes alquilan ejércitos a los Estados pobres” (2006, p. 57). En efecto, amplias poblaciones vulnerables son objeto y sujeto del derecho de

hacer morir y dejar vivir, tanto del Estado-Leviatán como de las máquinas de guerra- Behemot. Unos y otros cooperan y combaten por numerosas “vidas espectrales” (Butler, 2010), que constituyen el objetivo inerte de la guerra y, también, el instrumento material de la misma (usables, reemplazables y eliminables). Esta doble valencia multiplica el terror y el horror, ya que los cuerpos espectrales son destruidos y empleados, una y otra vez, hasta esfumarse definitivamente. La economía de la guerra resulta, así, tan eficaz como cruel, pues se sirve de víctimas inertes (incluyendo niños y niñas en circunstancias extremas), a quienes también transforma en herramientas fungibles, que reclutan y matan a otros en condiciones análogas de desposesión.

De manera que cientos de cuerpos precarios son convertidos en “vidas fungibles” (concepto inexistente en la literatura académica, pero constatable empíricamente), a pesar de su humanidad, bajo las órdenes de variadas máquinas de guerra que se arrogan la titularidad sobre las mismas. Sus muertes no serán, así, objeto de luto y de melancolía, ya que, desde el principio, están socialmente fallecidas. De ahí la facilidad de su destrucción, pues han perdido todo valor salvo su uso militar. En consecuencia, amplias poblaciones de soldados precarios y espectrales, quienes son reclutados, empleados y eliminados como mano de obra militar, y que se apiñan hasta el cielo (sin dejar de acumularse), no dejan ninguna huella de su aparición en el mundo. Ya no se trata, pues, de capturar, de encerrar y de destruir los cuerpos vivos, cuyas operaciones han sido ejecutadas, históricamente, por el Estado-Leviatán y sus instituciones disciplinarias (manicomios, leprosarios, cárceles), sino, también, de usarlos, sustituirlos y desaparecerlos definitivamente, tal como lo hacen las máquinas de guerra.

La vida fungible es, entonces, aquella existencia precaria, cuyo valor único reside en su “uso esclavo” a favor de variadas fuerzas irregulares de guerra (y, también, de aparatos de captura). La precariedad de las mismas es condición de su usufructo militar por parte de muchos (explotadores, mercaderes, traficantes, carteles, narcotraficantes, todos en posición de amos), que se arrogan el derecho absoluto sobre cuerpos. A pesar de su humanidad, los mismos son convertidos en herramientas vivas, animadas y prácticas, que matan y mueren forzosamente en nombre de cualquiera, ya que no se pertenecen a sí mismos. En suma, hay miles de hombres y de mujeres, hoy, cuya existencia depende de los cálculos y las ventajas de muchos, que los usan, los sustituyen y los destruyen con enorme

facilidad debido a su condición espectral. Basta advertir, en nuestros días, la existencia de cientos de vidas fungibles condenadas a desaparecer, tal como acontece con cientos de soldados empotrados en las máquinas de guerra, que no dejan una huella de su paso por el mundo.

## Referencias bibliográficas

Butler, J. (2006). *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Paidós.

Butler, J. (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. España.

Comisión de la verdad. Cifras de la Comisión de la Verdad presentadas junto con el Informe Final. (2022). Recuperado de <https://web.comisiondelaverdad.co/actualidad/noticias/principales-cifras-comision-de-la-verdad-informe-final>

Conflicto y narcotráfico. (2023, 16 de diciembre). Hay al menos 196 organizaciones delincuenciales en 7 ciudades de Colombia, dice informe. *El Tiempo*.  
<https://www.eltiempo.com/justicia/conflicto-y-narcotrafico/hay-al-menos-196-grupos-ilegales-en-7-ciudades-de-colombia-dice-informe-de-pares-836188>

Defensoría del Pueblo. (2024). El reclutamiento de niñas, niños y adolescentes es un crimen de guerra que debe parar de inmediato. Recuperado de <https://www.defensoria.gov.co/-/el-reclutamiento-de-niñas-niños-y-adolescentes-es-un-crimen-de-guerra-que-debe-parar-de-inmediato>

Deleuze, G. y Guattari F. (2020). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Pretextos.

Jurisdicción Especial para la Paz (JEP). (s.f.). Caso 07. Reclutamiento y utilización de niñas y niños en el conflicto armado.  
<https://www.jep.gov.co/especiales1/macrocasos/07.html>

Mbembe, A. (2006). *Necropolítica seguido de Sobre el gobierno privado indirecto*. Melusina.

